

Rómulo Cuartas Londoño O.C.D.¹

Centro Internacional Teresiano Sanjuanista, Universidad de la Mística, Ávila

La Trinidad. El Dios experimentado y vivido por Santa Teresa de Jesús

Introducción

En nuestra actual sociedad occidental junto con un creciente desencanto religioso nos encontramos con fenómenos tan marcados como la increencia y la indiferencia religiosa hasta llegar a propuestas de «religiones sin Dios» y a la sutil propuesta de reemplazar al Dios vivo y verdadero, casi desconocido, por un estado de bienestar sostenido por el consumismo. Tal realidad nos obliga a preguntarnos si hemos llegado a un postcristianismo que nos ha sorprendido a todos en unos esquemas religiosos aburguesados en su mediocridad o a una tercera muerte de Dios como afirman otros.

Simultáneamente asistimos a los más deslumbrantes progresos de la técnica y de la ciencia. Ningún secreto parece resistir al ingenio huma-

¹ Rómulo Cuartas Londoño – sacerdote Carmelita Descalzo nacido en Colombia. Licenciado en Teología Pastoral por la Universidad Pontificia Javeriana de Bogotá (Colombia) y doctor en Teología espiritual por la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid). Desde 1994 reside en el Centro Internacional Teresiano Sanjuanista de Ávila donde es investigador, profesor ordinario y subdirector.

no. Como tampoco parece estar en manos del desarrollo la superación de las flagrantes desigualdades e injusticias que se dan entre personas de un mismo país, aún los más desarrollados; entre los países y entre las sociedades. Parece que implícitamente hemos aceptado que el progreso de unos se construya a costa del estancamiento, el sufrimiento o el malvivir de las mayorías.

Por otra parte, la luz de la fe, aunque débil, nos permite recordar que «desde siempre y para siempre Dios es Dios» y que, por lo mismo, no ha perdido el control de su creación y que sigue guiando el destino de la humanidad hacia una plenitud en la cual el mismo Dios será todo en todas las cosas (1 Co 15, 28)².

Por eso es tan oportuno recordar que no son los fenómenos sociales ni las diversas ideologías que los inspiran y sostienen ni siquiera un intenso y sistemático adoctrinamiento religioso lo que pueda hacernos percibir el sol que brilla por encima de los nubarrones. El verdadero déficit detrás de tan contrastante fenomenología religiosa y social es la falta de una *verdadera experiencia religiosa* que lejos de ser un «barniz superficial», afecte de manera vital el corazón mismo del hombre y de toda la sociedad con fuerza para transformarse desde dentro «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad»³.

De ahí la necesidad de poner en primer plano a testigos, como Teresa de Jesús, que en «tiempos recios», como los actuales, nos ayuden a descubrir y disfrutar la verdad de nosotros mismos, la verdad del mundo y la verdad de Dios, de donde vienen y tienen sentido todas las demás verdades. También en el corazón del hombre de hoy «hay morada para Dios». Y desde esta morada interior Dios sigue fiel a su plan de hacernos felices viviendo en fraternidad y justicia. No buscando y desviviéndonos por un estado de bienestar basado en el consumo sino en la verdadera identidad de cada persona fundamentada en la verdad.

² Tomamos las abreviaturas y citamos según: Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada, DDB, Bilbao 1998.

³ Cf. Paulo VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*. *La Evangelización del mundo contemporáneo*, p. 19-20.

Iniciamos este estudio con la convicción fundamental de que todo ser viviente tiene su fundamento y su meta en Dios. Y que nuestro Dios es la Trinidad. Por eso todo en la vida cristiana es trinitario y, por lo mismo, toda experiencia espiritual tiene como referente ineludible el acontecer trinitario implícito y explícito en dicha experiencia. De ahí la propuesta de nuestra reflexión: Siendo la de Teresa de Jesús una experiencia paradigmática en el vasto panorama de la espiritualidad cristiana, su base y fundamento, su dinámica, desarrollo y proyección final, son estrictamente trinitarias. Es decir, la vida cristiana es trinitaria desde el comienzo. Y Santa Teresa no es la excepción sino la confirmación.

Esta propuesta se apoya en los mismos escritos de la Santa, en cuya lectura global se respira una atmósfera trinitaria innegable; en las muchas señales emitidas en esta dirección por numerosos estudios sobre la espiritualidad vivida y testimoniada por Santa Teresa, y en los horizontes cada vez más amplios y sugerentes que ofrece la reflexión teológica actual. Con estas bases queremos ofrecer, desde la experiencia teresiana, una aportación que sea significativa y consistente en la búsqueda espiritual del hombre de hoy.

1. Teresa de Jesús: una teología biográfica

La biografía cronológica de Santa Teresa es ampliamente conocida y está al alcance de todos⁴. Nos interesa más su “otra biografía”, la que subyace a los hechos narrados y emerge en el testimonio, en los escritos, en la obra fundacional y en el magisterio de la Santa. Se trata de asomarnos a la “biografía teológica de la creyente Teresa de Jesús”. Es decir, queremos ocuparnos de la vida que Teresa hace en Dios y de la vida de la Trinidad en Teresa. También podemos decir que pretendemos acercarnos al desarrollo de la gracia como autodonación del Padre en Cristo por

⁴ La última biografía publicada en España es la escrita por Daniel de Pablo Maroto, *Santa Teresa de Jesús. Nueva biografía. Escritora, fundadora, maestra*, Madrid 2014. Cf. También: Efrén de la Madre De Dios, O. Stegink, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid 1996. Ambas con abundante bibliografía.

el Espíritu, siempre ofrecida a todo creyente, según el testimonio existencial de Teresa de Jesús.

Desde el estudio de la *experiencia trinitaria de Teresa de Jesús* podemos afirmar, sin lugar a dudas, que Teresa de Jesús, su persona misma tal como se deja conocer en sus escritos, es una teóloga de experiencia cuya espiritualidad es el desarrollo progresivo de una intensa comunión con la Santísima Trinidad, en cuya vida íntima participa por una experiencia cierta, habitual y permanente de inhabitación recíproca. No encontraremos, por lo mismo, en Santa Teresa una exposición conceptual ni un discurso sistemático sobre Dios. Lo específico en la Santa es el testimonio, la transparencia y la vivencia del Misterio.

Desde esta perspectiva, el lector puede reconocer en los escritos teresianos la autobiografía teológica de una mujer que hace teología contando su vida. Por eso, su teología es ella misma narrando su existir teológico, la vida de Dios en ella y su vida en Dios. *Teresa es un hecho teológico* porque en su historia personal acontece el universal concreto cristológico. De ahí que la vida testimonial de la Santa tenga también un profundo significado dogmático porque en su enseñanza experiencial de la mística habla desde la revelación; su vida es transparencia del mensaje evangélico presentado no en contenidos conceptuales ni como demostración, sino como epifanía, manifestación de Dios en ella⁵.

2. Santa Teresa: experiencia mística de Dios Trinidad

En Santa Teresa tenemos un testigo experimentado en todas las etapas del desarrollo de la gracia en la vida del creyente. A través de sus escritos la vemos recorrer un largo proceso de conversión desde su resistencia a la gracia hasta verse toda ella viviendo en la Trinidad y *ver* a las tres Personas viviendo en ella y, a su vez, ella participando en la vida intratrinitaria y comprometida activa y responsablemente en la permanente misión divina de la salvación del mundo, hecha de esta manera una do-

⁵ Cf. E. Villanova, *Historia de la teología cristiana II*, Barcelona 1989, p. 666.

xología viva, cuya principal alabanza es tomar como propios los intereses de la misma Trinidad salvífica⁶.

Sin pretenderlo ni ser un testimonio que se salga del proceso común de la gracia en todo creyente, el testimonio teresiano nos revela un plus en esta experiencia de la gracia, abriendo de esta manera nuevos y más amplios horizontes a su comprensión⁷. No se trata de una dimensión no revelada de la gracia como autodonación de Dios Padre en Cristo por el Espíritu, o de un género de gracia que se salga del siempre sorprendente e inabarcable proceder de Dios en su autodonación. En Teresa de Jesús hablamos más bien de la “experiencia mística de la gracia”⁸, o lo que es lo mismo, de la Trinidad aconteciendo en ella hasta máximos experienciales insospechados, si bien, no exclusivos ni excluyentes, tal como lo afirma la misma Santa: «aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, a todas las daría. No está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas» (6M 4, 12)⁹.

⁶ Es la dinámica que surge de la experiencia de Dios que nos amó primero: «El Espíritu en nosotros no ama simplemente a Dios, sino a los hombres. Es decir: que Dios quiere poseionarse del hombre no meramente para que el hombre le ame, sino para amar a los demás hombres a través del hombre o, como decía el papa San León [...]. “para que amemos no simplemente a El, sino todo lo que El ama”». J. I. González Faus, *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Santander 1991, p. 429–430.

⁷ Para Santa Teresa, su experiencia mística de la presencia de Dios es algo más que presencia «de sólo por gracia”. En su lenguaje, se trata de algo sobrenatural. Y «podemos decir que *sobrenatural*, en sentido estricto, para la Santa es aquello que no se puede merecer bajo ningún concepto y que es objeto de una *gracia especial*. Tal es la experiencia mística. Distingue, pues entre gracia y experiencia de la gracia. Sólo esta última es estrictamente sobrenatural [...]. El significado fundamental del *sobrenatural teresiano* es su *gratuidad absoluta* y su sentido eminentemente *teologal*, que se realiza en la *comunidad personal* con Dios, experimentada como gracia especial, absolutamente gratuita, como puro don de su amor». C. García, *Sobrenatural*, en: *Diccionario de Santa Teresa*, Burgos 2006, p. 597 [en adelante citaremos este *Diccionario*... por sus siglas: DST].

⁸ «La gracia ¿es objeto de experiencia?... En el caso límite del místico, es claro que sí; místico es, en efecto, aquel que ha recibido no sólo la gracia, sino además la gracia de *experimentar la gracia*». J. L. Ruiz de la Peña, *El don de Dios*, Santander 1996, p. 394. Cf. J. I. González Faus, *Proyecto de hermano*, p. 699–705.

⁹ Abreviaturas de los escritos teresianos: CAD – *Conceptos de Amor de Dios*, CE – *Camino de Perfección*, códice de El Escorial, CV – *Camino de Perfección*, códice de Valladolid, E – *Exclamaciones*, F – *Fundaciones*, M – *Moradas* (6M 4, 12 = Sextas Moradas, capítulo 4º, número 12),

Efectivamente, aún antes de sus encuentros con el Resucitado, apenas en los umbrales de la “oración de unión”, hablando de las dificultades que supera el orante que el Señor entra en las Quintas Moradas, dice:

Y osaré afirmar que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio ni hacer ningún daño; *porque está su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma*, que no osará llegar ni aún debe de entender este secreto [...]. Así queda el alma con tan grandes ganancias, *por obrar Dios en ella sin que nadie le estorbe, ni nosotros mismos*. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar y puede dar todo lo que quiere? (5M 1, 5).

Es tan excelente esta experiencia de la presencia de Dios en la “oración de unión” que

fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma de manera que cuando torna en sí en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida ni puede dudar que estuvo (5M 1, 9).

No olvidemos que ya en esta etapa de la “oración de unión”, que es oración mística, todo está marcado por la gratuidad¹⁰. Por eso Santa Teresa insiste en la iniciativa divina, apoyada, en este caso, en un texto del *Cantar de los Cantares* que recordaba de memoria:

Habéis oído que dice la Esposa en los Cantares: «Llévome el rey a la bodega del vino, o metiόμε», creo que dice. Y no dice que ella se fue. Y dice también que *andaba buscando a su Amado por una parte y por otra*. Esta entiendo yo es la bodega adonde

P – Poesías, R – Relaciones, V – Libro de la Vida. Citamos los textos de la Santa según: Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, dir. T. Alvarez, Burgos 1998¹⁰.

¹⁰ «Para Teresa de Jesús, lo sobrenatural coincide con la etapa mística del itinerario espiritual, y más concretamente con la *experiencia mística*. La vida mística es gracia; la experiencia mística es sobrenatural, esto es, absolutamente gratuita. Es cierto que teológicamente hablando, también la gracia es gratuita. Pero hay gracias que están vinculadas a la actividad meritosa del hombre, bajo el impulso de la misma gracia (teología del mérito). Y hay gracias que no se merecen bajo ningún concepto, que son don gratuito de Dios. Tales son en teología la primera gracia y la gracia de la perseverancia final. En Santa Teresa estas gracias [que no se merecen bajo ningún concepto] son las *gracias místicas*; no se pueden merecer por muchas diligencias que se hagan, aunque sí disponerse para ellas». C. García, *Sobrenatural*, en: *Diccionario de Santa Teresa*, ob. cit., p. 597.

nos quiere meter el Señor cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar. Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el centro de nuestra alma y, para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en esta más parte de la voluntad que del todo se le ha rendido [...]. Sino entrar en el centro del alma [...] Como entró a sus discípulos cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra (5M 1, 12)¹¹.

Estamos en los umbrales de la vida mística teresiana. Por lo mismo, la *unión* que se da en esta oración dista todavía de la intensidad con que se da la unión en el matrimonio espiritual. Con todo, la Santa ve y experimenta ya en estos comienzos de la “oración de unión” «una presencia e inhabitación diferente de la presencia por gracia, no sólo en grado sino en especie»¹². Efectivamente Santa Teresa afirma que «Su Majestad está junto y unido con la esencia del alma» (5M 1, 5) y que, aunque no se trata de un estado permanente sino transitorio¹³, en la persona perdura la certidumbre de que «estuvo ella en Dios y Dios en ella», con tanta firmeza que aunque pasen años sin repetirse la experiencia, «ni se le olvida ni puede dudar» que estuvo en Dios, porque es Dios quien se «fija a Sí mismo en el interior» donde se imprime como verdadera sabiduría (5M 1, 9). Esta certidumbre le ha quedado de la vivencia de su unión con Dios. Una certidumbre «que sólo Dios puede poner» (5M 1, 10).

Es cierto que «no os habéis de engañar pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, aunque no le vemos, porque acá no queda así, sino de sola la Divinidad» (5M 1, 11). Sin embargo, se trata de una gracia actual y transitoria que es un anticipo de la habitual y permanente que la Santa nos va a presentar más adelante al comunicarnos sus experiencias trinitarias.

¹¹ Los textos bíblicos aludidos son Ct 2, 4; 3, 2. Notemos cómo la Santa es consciente del dinamismo progresivo de la gracia y adelanta aquí parte de lo que nos va a decir en 7M 2, 3 a donde nos remite: «Adelante veréis cómo Su Majestad quiere que le goce el alma en su mismo centro, aun más que aquí mucho en la postrera morada» (5M 1, 12).

¹² E. Stein, *La ciencia de la Cruz. Estudio sobre San Juan de la Cruz*, Burgos 1989, p. 212.

¹³ Se trata de los comienzos de la experiencia donde el tiempo es siempre breve, «y aún hartos más breve le parece a ella de lo que debe ser» (5M 1, 9).

2.1. Experiencia progresiva de la presencia de Dios

Si bien Santa Teresa nos entrega su testimonio cuando ya se encuentra en la cumbre de su experiencia, no deja de ser una excelente pedagoga. Por eso en sus escritos nos encontramos con un proceso dinámico de búsqueda, encuentro y don de Dios. De ahí que nos parezca lo más conveniente rastrear la biografía teológica de la Santa para que sea ella misma quien nos hable sobre su progresiva toma de conciencia de la presencia de Dios en su vida espiritual hasta llegar, conducidos por Dios mismo, al desvelamiento y experiencia de la inhabitación trinitaria. Nos apoyaremos principalmente en el libro de la *Vida*, las *Relaciones* o *Cuentas de Conciencia* y en las séptimas *Moradas*. Y como estamos ante un proceso dinámico y progresivo, en cuanto sea posible, tendremos presente también el aspecto cronológico.

Encontramos un primer antecedente de esta experiencia de tan singular presencia de Dios en Teresa cuando, al terminar el relato de sus «pecados y ruin vida» que culmina con la experiencia del encuentro con Cristo a través de aquella imagen de «Cristo muy llagado» que habían llevado a la Encarnación, ocurrida en 1554 (V 9, 1), la Santa nos hace esta confesión:

Tenía yo algunas veces [...], aunque con mucha brevedad pasaba, comienzos de lo que ahora diré: acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un *sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en El* (V 10, 1).

Se trata también de una experiencia breve y todavía «no era manera de visión», y en ella el entendimiento «no obra, sino que está como espantado de lo mucho que entiende, porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa ninguna cosa entiende» (V 10, 1).

Desarrollando los grados de oración de manera intensamente testimonial, al llegar a la *cuarta agua* que «es lluvia del cielo» (V 11, 7), quiere describir lo que pasa en lo interior del alma. Pero se ve desbordada: «dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuánto más decir» (V 18, 14). No obstante, la dificultad es superada en una nueva experiencia:

estaba yo pensando cuando quise escribir esto, acabando de comulgar y de estar en esta misma oración que escribo, qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: «Deshácese toda, hija, para ponerse más en Mí. Ya no es ella la que vive, sino Yo». Como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo [...]. Sólo podré decir que *se representa estar junto con Dios*, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer (V 18, 14).

Esta experiencia de unión, que se vive en el arrobamiento «que también se llama *éxtasis*» (V 20, 1), es un «*transformamiento del alma del todo en Dios*» (V 18, 18). Es una experiencia que «dura poco» y «gozase con intervalos», porque «muchas veces *se engolfa el alma o la engolfa el Señor en sí*, por mejor decir, y teniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad [...] queda engolfada la voluntad, como señora del todo» (V 18, 19).

Estos son anticipos o preludios de experiencias más intensas y duraderas que se darán a partir de su conversión definitiva (V 24, 5–8), que tuvo lugar en 1556, y en el intermedio entre la experiencia de las *hablas* o locuciones interiores (V 25) y su encuentro con el Resucitado, a partir de 1561 (V 28). Comencemos recordando aquella experiencia que empezó a vivir «estando un día del glorioso San Pedro en oración» cuando

vi cabe mí, o sentí – por mejor decir – que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas *parecíame estaba junto cabe mí Cristo* y veía ser Él el que me hablaba, a mi parecer... *Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo*, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre a mi lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí (V 27, 2).

Como en la narración de la “oración de unión” a que hemos aludido (5M 1, 5), la Santa, en esta nueva experiencia, vuelve a repetirnos «que no podía dejar de entender estaba cabe mí y lo veía claro y sentía» (V 27, 3); insiste también en la certidumbre que infunde esta forma de presencia, pues «vese claro que *está aquí Jesucristo*, Hijo de la Virgen» (V 27, 4) que,

sin verse, *se imprime con una noticia tan clara que no parece se puede dudar*; que quiere el Señor esté tan esculpido en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha si se nos antojó; acá, aunque de presto se dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda (V 27, 4–5).

Además, «pone el Señor lo que quiere que el alma entienda en lo muy interior del alma y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras [...]. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios que entienda el alma lo que El quiere, y grandes verdades y misterios» (V 27, 6).

De tal manera es notable esta manera de hacer y acaecer Dios en esta experiencia de cercanía de Cristo, que tanto su presencia sentida, como la certidumbre que infunde y el esclarecimiento o iluminación interior que otorga, desembocan en que «se ve el alma en un punto tan sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas» (V 27, 9)¹⁴.

La Santa se ve no sólo inhabitada por Cristo y vislumbrando con seguridad el misterio trinitario sino pregustando, en cierta manera, la inhabitación con Él en la gloria intradivina, pues

quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo, y paréceme a mí que así como allá sin hablar se entiende [...] así es acá, que se entienden Dios y el alma con sólo querer Su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos [...] que sin ver nosotros cómo, de hito en hito se miran estos dos amantes, como dice el Esposo a la Esposa en los Cantares (V 27, 10).

Tanto la certidumbre en la que la Santa nos insiste a lo largo de todas las experiencias a que hemos hecho referencia, como el sentimiento de la presencia de Dios en ella y de ella en Dios, tienen una primera síntesis en el último capítulo del libro de la *Vida*:

Parecióme estar [mi espíritu] *metido y lleno de aquella majestad* que he entendido otras veces. En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades. No sé yo decir cómo porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la misma Verdad: *No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que mucho me debes. Porque todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad. No faltará una tilde de ella*

¹⁴ Vemos aquí, la primera expresión estrictamente trinitaria en los escritos teresianos. Pero notemos que a diferencia de cuanto nos va a decir en las *Relaciones* y en *Moradas*, estamos ante una afirmación que podemos calificar de orden intelectual, fruto del esclarecimiento de su inteligencia y de la iluminación interior que ha recibido en esta forma de visión de Cristo.

[...]. Quedóme una verdad de esta divina Verdad que se me representó¹⁵, sin saber cómo ni qué, esculpida que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su majestad y poder, de una manera que no se puede decir. Sé entender que es una gran cosa [...]. Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubiesen enseñado [...]. Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza (V 40, 1-4)¹⁶.

Teresa se ve a sí misma inmersa en Dios a quien en esta ocasión percibe como la Verdad, y que viene a ser el fundamento de la *certidumbre* que ella experimenta y que no deja lugar a ninguna duda con respecto a su presencia en ella, según lo venimos constatando¹⁷.

Se trata de una presencia, podemos decir, cada vez más avasalladora, envolvente y permanente que no cesa de sorprenderla con nuevas y más

¹⁵ Como en este testimonio y en otros que hemos citado antes y citaremos más adelante, Santa Teresa utiliza repetidas veces la expresión ‘representar – representarse’, nos parece conveniente apoyarnos en el estudio de A. M. García Ordás, cuya conclusión es la siguiente: «Las representaciones serían las noticias claras y ciertas [...]». Representarse es hacerse presente la acción divina de un modo vivo, concreto y claro. Además esta acción divina, impresa y esculpida en las potencias, capacita al alma para entender la suma Verdad, principio de todas las verdades, de un modo misterioso. Podemos definir la representación teresiana: *la impresión de la acción divina en las potencias de un modo vivo, concreto y claro*». A. M. García Ordás, *La Persona divina en la espiritualidad de Santa Teresa*, Roma 1967, p. 98. El autor se apoya en el intento de explicación que hace la misma Santa: «Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades es otro. [...] porque entiende el alma estos misterios por manera más perfecta; y es que se los representa el entendimiento, y estánpanse en la memoria» (6 M 10–11). La explicación de la Santa se ve más clara al leer el contexto amplio de esta cita. Cf. 6M 7, 11–13.

¹⁶ «Esta es una de las más inefables experiencias místicas de la Santa: Dios, verdad suma, objeto de su contemplación. La misma forma abstracta en que ella nos la refiere, contrasta grandemente con los colores habituales de su pluma y estilo, garantía de la genuinidad de su testimonio trasmisor del dato sin someterlo a elaboración conceptual o al tamiz literario de expresión». T. Álvarez, *Santa Teresa de Jesús contemplativa*, en: *Estudios Teresianos III*, Burgos 1996, p. 127–128.

¹⁷ Salta a la vista que se trata de una experiencia con una honda connotación trinitaria: «Para la fe contemplativa y oyente nos potencia fundamentalmente la gracia como elección-vocación-justificación por Dios Padre y como consiguiente fuerza y libertad para mirar abiertamente su abierta Verdad. Ahora bien, la apertura de la Verdad del Padre es el Hijo. El Hijo es donde el Padre nos considera desde siempre y encuentra su beneplácito en nosotros». H. U. von Balthasar, *La oración contemplativa*, Madrid 1998, p. 36.

amplias manifestaciones. En una experiencia doctrinalmente muy inspiradora y que puede considerarse un antecedente importante del libro de las *Moradas*, ve a Cristo inhabitante en ella, como luz que todo lo ilumina, sin que ningún resquicio de su ser se viera privado de la claridad de esta presencia y, a su vez, se ve ella toda «esculpida» en este Señor:

Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo – yo no sé decir cómo – se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa (V 40, 5).

Además adelanta aquí algo que va a exponer también en las primeras *Moradas* (1M 2, 1), con respecto a la presencia de Dios en los pecadores y herejes:

dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser. Y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido (V 40, 5).

Pero la Santa ve que la presencia de Dios no se agota en ella aunque afirme convencida que cree que «hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas» (V 40, 8). Extendiendo su experiencia personal a una dimensión más universal, ve que no sólo ella, sino también la humanidad entera y todas las cosas están en Dios: «Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí». Esta representación le quedó «muy imprimida» en el alma y, a su parecer, es «una de las grandes mercedes» que el Señor le ha hecho (V 40, 9). Se complementa esta experiencia con otra casi paralela, aunque «es por tan más subida manera», en la cual ve «ser la Divinidad como un claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo... y que todo lo que hacemos se ve en ese diamante, siendo de manera que en él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza» (V 40, 10).

Más tarde, ya en contexto plenamente trinitario, estas dos visiones se juntan en una nueva que complementa y resume cuanto estamos presentando: «También entendí: *No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí*. Parecíame que de dentro de mi alma – que estaban y veía yo estas tres Personas – se comunicaban a todo lo criado, no haciendo falta ni faltando de estar conmigo»¹⁸.

2. 2. Experiencia habitual y permanente de la inhabitación trinitaria

Al estudiar la globalidad de la biografía teológica de Santa Teresa, se ve claramente que en la dinámica de relación de Teresa con cada una de las Personas de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo obra en Teresa en orden a Jesucristo. Caminado con Cristo y viviendo en Él, éste le garantiza: «*mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama*» (R 13). Con esta seguridad el mismo Jesucristo la conduce y la presenta al Padre con aquellas palabras «*esta que me diste te doy*» (R 15, 3). El Padre la acoge allegándola Sí y diciéndole palabras muy agradables (R 25, 2)¹⁹.

Entramos así en esta etapa final de su vida, centrada definitivamente en el Dios Uno y Trino. Desde Él la Santa hace nuevas lecturas integradoras de su proceso, que pasan a ser el medio a través del cual quiere seducirnos y engolosinarnos para que entendamos el amor extremo de Dios y cuánto quiere darnos si nosotros no nos quedamos cortos en recibir. Tal es el estado y pretensión que podemos percibir en esta confesión:

¹⁸ Esta última experiencia se inserta en otra ocurrida unos seis años después de terminar el libro de la *Vida*: «la visión imaginaria de Cristo e intelectual de la Santísima Trinidad», ocurrida en Medina del Campo el 30 de junio de 1571 (R 18). Otro dato que nos confirma la continuidad y progresividad en el desarrollo experiencial de la Santa en este aspecto de la experiencia trinitaria.

¹⁹ El desvelamiento de la Trinidad, como el del misterio de Cristo, es presentado por Santa Teresa de manera progresiva. «También esta experiencia trinitaria comenzó por ráfagas, en visiones diseminadas a lo largo de varios años: visiones intelectuales puras y visiones imaginarias, alguna de aquéllas intensísima. Hasta que, por fin, esa presencia de la Trinidad percibida en acto espiritual puro (visión intelectual) se estabilizará y será objeto de contemplación permanente; cuando la santa se propondrá referirnos incidencias o modalidades nuevas de su íntima experiencia de Dios, comenzará casi infaliblemente aludiendo a esta contemplación estable, como dato de referencia constante, o como punto fijo de comparación». T. Álvarez, *Teresa de Jesús contemplativa*, ob. cit., p. 126.

Estaba una vez recogida en esta compañía que traigo siempre en el alma, y parecióme estar Dios de manera en ella, que me acordé de cuando San Pedro dijo: «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo»; porque así *estaba Dios vivo en mi alma*. Esto no es como otras visiones, porque lleva fuerza con la fe, de manera que no se puede dudar que está la Trinidad por presencia y por potencia y esencia en nuestras almas. Es cosa de grandísimo provecho entender esta verdad. Y como estaba espantada de ver tanta majestad en cosa tan baja como mi alma, entendí: *No es baja, hija, pues está hecha a mi imagen*²⁰.

Notemos que la Santa nos deja ver que la presencia de la Trinidad que experimenta en los últimos años de su existencia (1572–1582), es cada vez más permanente y cierta. Tal se desprende de expresiones como: «esta compañía *que traigo siempre en el alma*» (R 54); «las tres Personas de la Santísima Trinidad *que traigo en el alma esculpidas*» (R 47); «*estando como suelo* después que vi la visión de la Santísima Trinidad» (R 33, 1); *siempre se anda conmigo* esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad (R 6, 3).

La misma Teresa sintetiza bien estas dos características, permanencia y certidumbre, de la inhabitación de la Trinidad en ella: «Estando una vez con esta presencia de las tres Personas que traigo en el alma, era con tanta luz que *no se puede dudar estar allí Dios vivo y verdadero*» (R 56). De donde podemos deducir, además, que la inhabitación trinitaria es una realidad inmensamente dinámica, que a ninguno deja estancar y que ninguno puede agotar²¹.

Teresa ha llegado ya a una experiencia de plenitud que confirma, por los efectos, la veracidad de todo el dinamismo vivido por ella desde

²⁰ R 54. Sevilla 1575. Cf. Mt 16, 16. Comentando esta relación, el P. Tomás Álvarez nos hace ver que la fórmula utilizada aquí por Teresa: «De manera que no se puede dudar que está la Trinidad por presencia y potencia y esencia en nuestras almas», es la fórmula con que los teólogos designan la presencia natural de Dios en su criatura, y que su utilización aquí es «señal de que la Santa no había captado o no retenía el significado escolástico de la fórmula ni las doctas explicaciones de sus teólogos; y que en cambio lo único que quiere decirnos es su experiencia sobrenatural de Dios-Trinidad, existente en el alma como El es en sí, con esencia y poder y presencialidad [...]. En el fondo de esta experiencia el dato fundamental es que la Santa se siente transida de Dios y engolfada en El. Por dentro y por fuera». T. Álvarez, *Teresa de Jesús contemplativa*, ob. cit., p. 125.

²¹ Una presentación amplia de este proceso en: R. Cuartas, *La experiencia trinitaria de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2004, p. 493–561.

la búsqueda de un Dios escondido a quien conocía sólo de oídas (Cf. Jb 42, 5), al trato íntimo y sosegado con el mismo Dios, pero ahora desvelado como «el Dios vivo y verdadero», que permanece en ella como esculpido, y que no es una soledad lejana sino una familia, tres Personas que «se conocen, se aman y unas con otras se deleitan». Pero lo más admirable es que ella, además de verse inhabitada por esta Comunidad divina, participa del «gran deleite y amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa» (E 7, 2). La Santa nos deja ver que sus relaciones personales con la Trinidad ya le resultan más fáciles y connaturales; que la Trinidad de las Personas divinas experimentadas de un modo progresivo, culmina en una *presencia habitual*; que ya las visiones imaginarias aisladas han sido sustituidas por la presencia-comunión continua de la Trinidad²².

3. Unida a Dios y comprometida con la realidad

Después de ver en el testimonio de Teresa la naturalidad con que nos hace entender que la inhabitación trinitaria es una realidad en la vida del creyente, como don pleno por parte de Dios y en creciente progreso en cada persona, adquiere especial relieve el realismo espiritual de Santa Teresa. Esa presencia-comunión continua de la Trinidad ni la saca del mundo ni la exime del esfuerzo y mucho menos la deja olvidar su misión. La unión con Dios es

este espíritu limpio y levantado de todas las cosas de la tierra, no quedar cosa de él que quiera salir de la voluntad de Dios, sino que de tal manera esté un espíritu y una voluntad conforme con la suya, y un desasimiento de todo, empleado en Dios, que no haya memoria de amor en sí en ninguna cosa criada (R 29, 2).

Y la voluntad de Dios es que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tm 2, 4); «que todos sean uno.

²² Cf. A. M. García Ordás, *La Persona divina...*, ob. cit., p. 90.

Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17, 21).

Es especialmente significativo el equilibrio y responsabilidad con que la Santa entiende y da a conocer el contenido y alcance de la unión con Dios:

No pienses, hija, que es unión estar muy junta conmigo, porque también lo están los que me ofenden, aunque no quieren; ni los regalos y gustos de la oración, aunque sea en muy subido grado, aunque sean míos, *medios son para ganar las almas* muchas veces, aunque no estén en gracia (R 29, 1).

Este deseo cada vez mayor de que «se haga la voluntad de Dios y lo que sea más su gloria», es también perdurable (R 6, 5), y no se menoscaba ni con las dificultades, ni con la enfermedad, ni con el peso de los años ni con la innegable certidumbre que tiene «de que ha de gozar de Dios». Al contrario, aún al final de sus días, la Santa ya enferma y con pocas fuerzas, confiesa con toda sencillez: «No reina en mí con fuerza asimiento de ninguna criatura ni de toda la gloria del cielo, sino amar a este Dios; que esto no se menoscaba, antes, a mi parecer, crece y el desear que todos le sirvan» (R 6, 5).

Porque siempre hay un “para qué” en la experiencia de Santa Teresa que se concreta en los efectos que dejan las gracias y dones del Señor para la vida ordinaria. Ella lo concreta en el crecimiento en el amor de Dios que se visualiza en el amor a los demás. Este amor al prójimo es lo único que certifica la autenticidad de tan altas experiencias místicas (5M 3, 7–8). Si la experiencia de Dios no se concreta en una vida sobria y sencilla con una espontánea disponibilidad de ayudar generosamente a los demás; en la solidaridad y compromiso con los necesitados, así no sean creyentes; en la capacidad de renunciar al propio bienestar, incluido el que se tiene en la oración silenciosa y en soledad, es muy probable que tampoco sea cierto el amor que se tiene a Dios y que no sean tan auténticas las experiencias extraordinarias:

Acá solas estas dos cosas nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo [...] guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con él [...]. La más cierta señal que, a mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien el amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber [...] mas el amor del prójimo, sí [...]. Y estad ciertas que mientras

más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene que, en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar (5M 3, 8).

Podemos concluir esta reflexión dejando claro en que la gracia de la inhabitación trinitaria y la íntima comunión con Cristo en lo que la Santa llama «matrimonio espiritual» está muy lejos de ser un estado de pasividad espiritual o de indiferencia ante la realidad del mundo y las luchas de cada día. Nada más ajeno a la experiencia y testimonio de Santa Teresa.

Summary

The Trinity. The God with whom Saint Teresa of Jesus experimented and lived

The God with whom Saint Teresa experiments, lives and communicates in her writings is the Trinitarian God, who is present in her life and acts in her from the beginning to the fullness of plenitude. This indicates that the Saint lived a special relation with each one of the Persons of the Holy Trinity, and with the Holy Trinity as a complete unit. The study highlights the life of the Saint from a theological-biographical, her doxological existence, and the ordinary experience of feeling herself to be inhabited by the Trinity. Special emphasis is put on the reality of this Trinitarian inhabitation in the ordinary life of the believer, as the testimony of Saint Teresa illuminates it.

Keywords: Trinity, God, experience, inhabitation, doxology, process, plenitude, spirituality, mysticism, testimony, surrender, gratuitousness

La Trinidad. El Dios experimentado y vivido por Santa Teresa de Jesús

El Dios que experimenta, vive y comunica Santa Teresa en sus escritos es el Dios Trinidad, presente en su vida y actuando en ella desde el comienzo hasta su plenitud. Esto significa que la Santa vive una especial relación con cada una de las Personas de la Santísima Trinidad y con la Trinidad en su conjunto. Resaltamos en este estudio a la misma Santa como una biografía teológica, su existencia doxológica, la ordinaria experiencia de sentirse habitada por la Trinidad. Hacemos especial énfasis en el realismo de la inhabitación trinitaria en la vida ordinaria del creyente según se desprende del testimonio de Santa Teresa

Palabras clave: Trinidad, Dios, experiencia, inhabitación, doxología, proceso, plenitud, espiritualidad, mística, testimonio, entrega, gratuidad

Bibliografía

- Álvarez T., *Paso a paso. Leyendo con Teresa su Camino de Perfección*, Burgos 1998.
Álvarez T., *Santa Teresa de Jesús contemplativa*, en *Estudios Teresianos III*, Burgos 1996.
Álvarez T., *Guía al interior del Castillo. Lectura espiritual de las «Moradas»*, Burgos 2000.
Balthasar H. U. von, *La oración contemplativa*, Madrid 1998.
Castro S. *Mística y cristología en Santa Teresa*, «Revista de Espiritualidad» 56 (1997) p. 75-117.
Castro S., *Cristología Teresiana*, Madrid 2010.
Castro S., *El Fulgor de la Palaba, Nueva comprensión de Santa Teresa de Jesús*, Madrid 2012.

- Efren de la Madre de Dios, *La Santísima Trinidad, sol del mensaje teresiano*, en *Trinidad y vida cristiana*, «Semanas de Estudios Trinitarios» 13 (1979), p. 205–216.
- Cuartas R., *Experiencia trinitaria de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2004.
- Cuartas R., *La espiritualidad trinitaria de Santa Teresa de Jesús*, Ávila 2004.
- Cuartas R., *El otro cielo*, Burgos 2008.
- Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, dir. T. Álvarez, Burgos 2002.
- García Ordás, A. M., *La Persona divina en la espiritualidad de Santa Teresa*, Roma 1967.
- Ladaria L. F., *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Salamanca 1998.
- González Faus, J. I., *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Santander 1991.
- Pikaza X., *Experiencia de oración desde Teresa de Jesús*, Burgos 1982.
- Pseudo Dionisio Areopagita, *Los nombres de Dios*, en Pseudo Dionisio Areopagita, *Obras completas*, Madrid 1990.
- Rahner K., *Eterna significación de la humanidad de Jesús*, en *Escritos de Teología*, I, *Cristiandad*, Madrid 2000.
- Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, dir. T. Álvarez, Burgos 1998¹⁰.